

# El libro de la fama

LLOYD JONES

TRADUCCIÓN DE  
ABRAHAM GRAGERA



Título original:  
THE BOOK OF FAME

Primera edición: enero 2017

Nueva edición: mayo 2021

© Lloyd Jones, 2000

First published by Penguin Random House NZ 2000.

First published by The Text Publishing Company Australia in 2007.

Published by arrangement with International Editors Co.  
and The Text Publishing Co. Australia.

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© de la traducción: Abraham Gragera López

© del diseño de colección: Raúl Fernández

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo  
propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-91-9

Impreso en España

Depósito legal: M-10184-2021



Partido contra Surrey





Entrenamiento para el partido contra Gales



# El libro de la fama





El agua bendita brilló por su ausencia  
Y los voceros de la gloria  
Y las obras dignas de fe

Así que tuvimos que descifrarlo todo por nuestros propios medios.



UNO

*El conocimiento mutuo*

Éramos veintisiete. Además de George Dixon, nuestro representante, y Jimmy Duncan, el entrenador:

Billy Stead era zapatero

Bob Deans, labrador

Bunny Abbott, herrador y corredor profesional

Dave Gallaher, obrero de la industria de la carne

Billy «Carabina» Wallace, obrero de la fundición

Jimmy Hunter, labrador en Mangamahū, al noreste de Wanganui

Fred «Gordo» Newton

«Maese» Johnston

Jimmy O'Sullivan

Bill Cunningham era minero

Frank Glasgow, empleado de banca

George «Primo» Tyler, nadador y carpintero de ribera

Steve Casey

Simon Mynott

Eric Harper, labrador

George Smith, exjinete y corredor profesional

George Gillett

Freddy Roberts

Mona Thompson, funcionario del Estado

Duncan McGregor

George Nicholson, herrero y zapatero

Bill Mackrell  
Billy Glenn, labrador  
Ernest Booth  
Bill Corbett, minero  
Alec McDonald  
y Charlie «Bronco» Seeling.

*8 de agosto de 1905*

Cien personas encararon la cellisca y el frío para vernos zarpar. Allí estábamos, con nuestros equipajes y las botas de rugby, con los cuellos de los jerséis alzados contra el rigor del clima, a bordo del *SS Rimutaka*, y muy despacio, como un gran tronco encallado que se libera en medio de la corriente, nuestras vidas viraron a babor desde la popa, hacia los promontorios. Los remolcadores arriaron las banderas, y sus tripulaciones se apiñaron en los puentes de proa y entonaron su canción de despedida. El viento arrancó el último verso de *Auld Lang Syne*, los remolcadores se perdieron de vista, y finalmente nos quedamos solos.

Éramos de Auckland, algunos de Otago y Taranaki, otros de Cambridge y de Wellington; solo Stead era de Southland, Corbett el único de la costa oeste, y Hunter venía de un lugar próximo a Wanganui, un lugar en cuyo nombre maorí se escuchaba el sonido del bosque intrincado y remoto. La idea general de lo que éramos no se había forjado todavía. Pero con signos modestos y elocuentes, con un gesto, una anécdota, nos fuimos desvelando los unos a los otros:

El «devoralibros» Billy Stead

La querencia de Mona Thompson por llevar el sombrero ladeado

Los modales refinados de Eric Harper en la mesa

La pasión por los naipes de Dave Gallaher

La costumbre de Jimmy Hunter de entornar los ojos y frotarse la nariz cuando lo elogiaban

George Nicholson y sus canciones

Las de Cunningham, mientras Frank Glasgow le acompañaba al piano; bastaba con que Cunningham atacase una melodía para que Frank tirase del hilo y tocase la canción entera

La devoción de Bob Deans: su modo de llamar a la puerta de nuestros camarotes con la intención de reclutar un número digno de feligreses para la misa de la tarde

El modo en que George Tyler untaba las tostadas con mantequilla y se chupaba después la punta de los dedos

Y cómo disfrutaba Cunningham paleando el carbón en la caldera

Y cómo se negaba a hacerlo Seeling

Cómo emergían los alelados y los ingeniosos

Los dormilones: Mackrell, McGregor, Glasgow

Los que se iban pronto a la cama y aparecían a la hora del desayuno eufóricos, llenos de vida

El cuento de Primo Tyler sobre un conocido suyo a quien un tiburón enorme dado por muerto le arrancó la rótula de un mordisco en el salón de baile de Tauranga

Los que necesitaban destripar el cuento, punto por punto, buscando pruebas, jugando a «verdadero o falso» —¿podía el tiburón estar aún vivo?, ¿cuánto tiempo permaneció fuera del agua?—, mientras los demás se recostaban y gozaban con las pesquisas ajenas como si escuchasen música.

El segundo día reanudamos a bordo nuestro entrenamiento:

«Boxear a ciegas»

«Lucha de almohadas»

«Señalizar con tiza la cubierta»

Un partido de críquet con la tripulación y los otros pasajeros

Nosotros contra «el mundo»

Después de vencer, la arboladura del buque nos sirvió para una carrera de obstáculos.

Dividimos el buque, convertimos la cubierta inferior en un «campo de entrenamiento»:

carreras de fondo

de velocidad

regates

Y nos reuníamos en la cubierta de arriba y la usábamos como un «aula» para

practicar con la pelota

las melés

los pases largos.

La mañana del sexto día se organizaron turnos para vigilar los icebergs

el barómetro indicaba siete grados bajo cero

las tuberías se congelaron

Nos hallábamos a ochocientas millas al sur de Bluff

Pasamos junto a un grupo de ballenas; sus flancos estaban cubiertos de percebes

El cielo se transformó en una sutil lámina de vidrio cada vez más fría.

Billy Stead se pasó una noche en vela para atrapar un

iceberg «en su esplendor neblinoso... su cadencia mística, silente...».

Por la mañana el granizo y la nevisca nos obligaron a enclaus-trarnos, y a quedarnos así todo el día, toda la noche, mientras los fanales se mecían en la tiniebla astillada.

Estudiábamos con nuestros esquemas en los regazos para verlos mejor a la luz; George Tyler propuso su «cuento del ti-burón» para ilustrar la importancia de «lo inesperado», cuando el viento batió de pronto hacia el suroeste, y el mar nos dio de lleno por estribor, llegando casi a nuestros camarotes, con una fuerza espantosa.

Los ojos de buey rebosaban de espuma marina; los camaro-tes se anegaron; algunos de nosotros tuvieron que recogerse a sí mismos del suelo.

Chapoteábamos en el salón con el agua por las rodillas.

En la sala de fumadores, a treinta y dos pies sobre el nivel del mar, las claraboyas, apuntaladas con barras de hierro, se quebra-ron como cerillas.

Ceniceros de vidrio se enjuagaban sobre el suelo de madera.

George Nicholson pateaba la espuma mientras le grita-ba: «¡Vete, largo de aquí!». El señor Dixon meneaba la cabeza: «George, ¿no ves que no tiene sentido soliviantarse así con el mar?».

Bill Mackrell, que se sentía indispuesto, se encaramó sin más a una litera.

La cubierta superior sufrió el impacto de una ola descomunal y el cocinero, cargado con un saco de harina y un plato de pasas, se cayó y se rompió tres costillas.

Poco después, la tormenta dejó de resoplar y el jefe de máqui-nas y el ingeniero dijeron que había sido la peor tempestad de

su vida, al menos desde 1893; y aquel año, doscientos cuarenta y siete naufragios se registraron en el canal de la Mancha en una sola noche. ¿Naufragar? Hasta ese instante ni se nos había pasado por la cabeza.

El temporal cesó del todo, nos aventuramos a salir y nos hallamos frente a un mundo gris-ostra.

El mar era un engrudo gris con largas estelas de baba.

Echamos un vistazo alrededor y nos vimos de pronto emparedados entre océano y cielo.

Éramos los únicos en la cubierta y descubrimos tan solos no fue una sorpresa agradable. Había cinco mujeres en nuestro salón, pero no las volvimos a ver hasta que no doblamos el cabo de Hornos y el tiempo se puso a favor de las mangas de camisa. Todos nos habíamos dado cuenta y, con los hombros a la altura del mentón, cada uno procuraba no mirar demasiado fijamente las caras de los otros, ateridas.

Como no estábamos en ningún lugar concreto, ni teníamos tradiciones que seguir, podíamos ser lo que nos viniera en gana.

Por la noche, despierto en su catre, Bill Cunningham trataba de evocar el ritmo «pico y pala» de su vida minera, tan lejano ya como la casa aquella de unos parientes que visitamos una sola vez, de niños; y aunque nunca regresamos, fuimos incapaces de olvidarla.

Su cabeza se revolvió en la almohada y su nariz quedó a pocos centímetros de la pared grasienta.

Ser minero es estar para siempre oprimido en espacios angostos.